

Semana 3

Isaías 6: 1-8 "Confiesen y Escuchen"

Comiencen con la oración:

Clemente Señor,

Al empezar esta hora juntos, oramos por valentía y humildad. Te pedimos que nos ayudes a hacer brillar tu luz y a abordar el pecado en nuestras vidas y en nuestra comunidad.

Sabemos que nuestro pecado daña nuestra relación contigo y con los demás. Te pedimos que nos guíes en esta hora y nos ayudes a sanar. Señor, por favor, ayúdanos a buscar tu voluntad en nuestras vidas y en nuestras relaciones.

En el nombre de Jesús,

Amén

Lean el texto para hoy. (Sugerencia: vayan alrededor del círculo y lean en voz alta, cada quien tomando un versículo.)

Pregunta: ¿Qué se destaca en este texto? ¿Hay algo que no entiendan? ¿Algo que les llamó la atención y despertó su curiosidad?

Era el año en que murió el rey Uzías; era un mal momento, un tiempo inestable, una época aterradora. Y no solamente para el pueblo de Israel, sino para el profeta Isaías también. De repente, Isaías tuvo su visión sobre el cielo. El rey Uzías representaba la vida normal, la vida diaria en este mundo. Todo parecía grande e importante hasta que vio a Dios, alto y sublime. De repente, Isaías vio a todos sus pensamientos y prioridades ser enderezados.

De pronto se sintió indigno y sucio. Cuando Isaías miró a su sociedad a la luz que fluía desde el trono de Dios, supo que él y el resto del mundo eran inmundos, arruinados, tacaños y pecaminosos. Así que Isaías confesó su pecado. Clamó por la realidad de su condición. Y Dios lo perdonó. En lugar de tomar la vida de Isaías, Dios le quitó su culpabilidad.

Dios limpió a Isaías con fuego y le dio una tarea que hacer. No fue una tarea fácil. Isaías tenía que decirle al pueblo de Israel que estaban acabados, y Dios predijo que ellos no escucharían. El pueblo de Israel no quiso escuchar porque se rehusó a que sus vidas fueran pesadas en la misma balanza que la majestad de Dios. Se negaron a dejarse hacer sentir pequeños y humillados.

El Dios Trino no es alguien que va a ser tomado a la ligera. Cuando la gente se encuentra con Dios a través de la adoración, a menudo se sienten impresionadas y movidas al silencio y la humildad. Dentro de muchas liturgias para la adoración se incluye un tiempo de confesión y aseguramiento. Esto no se hace con el propósito de inducir culpa. No se hace por tradición. Tampoco es algo que debemos dejar de hacer si una encuesta revelara que la gente encuentra que es un estorbo que se interpone en el camino del tipo de adoración que ellos prefieren.

Nos tomamos el tiempo para confesar porque al hacerlo, obtenemos una visión del verdadero Dios de santidad, y luego vemos hacia atrás y examinamos nuestras vidas bajo el reflejo de esa luz y vemos que las cosas están mal y fuera de sincronización. Es como si alguien les preguntara: "¿Puede usted ver el café que derramé sobre mis pantalones?" A veces, para dar una respuesta precisa tendrían que decir: "No puedo notar bien la diferencia, ponte bajo la luz para que pueda ver mejor." Una vez bajo la luz, la mancha de café que antes no se podía ver aparece. Este mismo concepto se aplica en este caso: una vez que entras a la luz, aparecen cosas de las que nadie se percató antes.

Isaías 6 se escribió en el año en que murió el rey Uzías. Una vez que Isaías ve a Dios en su trono, ¡no se oye hablar acerca de Uzías ni una tan sola vez! Nuevas cosas han salido a la luz, se han descubierto nuevas necesidades y establecido nuevas prioridades. Eso es parte de lo que la adoración debe causar en nosotros. No venimos a adorar sólo para ver que nuestras llamadas "necesidades" sean cumplidas, sino también para averiguar cuáles son nuestras verdaderas necesidades. No venimos simplemente a reconocer nuestra amistad con el Dios que nosotros queremos, sino a encontrarnos con el Dios verdadero de modo que nos convirtamos en la clase de personas que *Dios* quiere que seamos.

Nuestro tiempo semanal de confesión es una manera de reconocer que no siempre somos tan buenos como deberíamos ser. También proporciona una oportunidad para que reconozcamos la diferencia entre Dios y nosotros en formas que nos ayudan a aspirar a vivir bajo la luz de Dios. Nuestra sociedad es muy efectiva cuando se trata de hacernos sentir insatisfechos. La industria de la publicidad depende totalmente de su capacidad para hacernos sentir inadecuados y necesitados. No parece que importarnos estar constantemente absorbiendo anuncios que nos bombardean con recordatorios de que necesitamos *algo* para mejorar nuestras vidas. Curiosamente, en los últimos años, algunas personas se han resistido a los servicios religiosos que incluyen llamados a confesar nuestros pecados y a ser transformados por Dios. Sin embargo, siempre que vivamos en este lado de la nueva creación, no podremos encontrarnos con Dios sin el sentido de humillación del que Isaías se expresó diciendo, "¡ay de mí!".

Este no es el único sentimiento que experimentamos al adorar –puede que no sea el sentimiento dominante, o el que permanece cuando nos vamos a casa. Pero si falta por completo, entonces podríamos genuinamente preguntarnos a cuál Dios estamos adorando: ¿al que Isaías vio, alto y sublime? ¿O al que hemos creado para nosotros mismos, bajo y manejable en el ámbito de nuestras vidas sobre tierra?

Hablemos de esto:

- ¿Qué reservas sienten con respecto a la confesión?
- ¿Tienen a alguien en sus vidas con quién puedan practicar la confesión? ¿Tal vez alguien que les ayude a rendir cuentas?
- ¿Pueden decir - "me equivoqué" o "metí la pata" y hacer que algo cambie en sus vidas?
- ¿Cómo puede la confesión ser algo normal en sus vidas? ¿Hay alguna manera de hacer de esto un hábito? Probablemente no sea algo fácil de hacer... pero es necesario.
- Isaías reconoce que él es un pecador, pero cuando sus labios son limpiados por Dios, sus pecados son perdonados. ¿Cómo podría la experiencia de Isaías ofrecer esperanza al pueblo de Dios a la luz de la desesperante situación que se describe en los primeros capítulos?

Oración final:

Dios misericordioso,
Confesamos que hemos pecado contra ti
en pensamiento, palabra y obra,
por lo que hemos hecho,
y por lo que hemos dejado de hacer.
No te hemos amado
con todo nuestro corazón, mente y fuerza.
No hemos amado a nuestro prójimo como a nosotros mismos.
En tu misericordia, perdona lo que hemos sido,
ayúdanos a rectificar lo que somos,
y dirige lo que seremos,
para que podamos deleitarnos en tu testamento
y caminar en tus caminos,
para la gloria de tu santo nombre.
En Cristo, nuestro Señor. Amén.